

Ética de la investigación comparada: una propuesta metodológica

JUAN A. HERNÁNDEZ LES

hles@usc.es

Universidad de Santiago de Compostela

Recibido: 27 de septiembre de 2004

Aceptado: 13 de enero de 2005

RESUMEN Este texto pretende ser una explicación metodológica de una investigación en parte develada en publicaciones anteriores, y en parte oculta, puesto que sus resultados no apuntan al desarrollo de los contenidos sino al entramado y a la interioridad ontológica de los pasos que ha de seguir el investigador cuando objetiva un tema original y de interés. El artículo pone en paralelo una introspección de la teoría del conocimiento, del método científico, y una revelación de asuntos ya investigados o no en otro tiempo y lugar. Partiendo del concepto de la ciencia histórica el autor llega al concepto cartesiano del discurso del método explicando qué pasos ha dado para elaborar una Historia crítica de la Comunicación, una auditoría metodológica, crítica y dialéctica de un segmento de la Historia de la Comunicación.

Palabras clave: Historia, Teoría del conocimiento, Metodología científica, Hipótesis, El discurso del método, Comunicación, el método comparado. Ética

Ethics of the compared investigation: a methodologic proposal

ABSTRACT This text intend to be a methodological explanation of an investigation, partly exposed in older publications and part occult, as the results do not point at the development of the contents, but at the structure and ontologic interiority of the steps to be followed by the investigator while being objective about an original and interesting subject. The article parallels an instrospection of the theory of knowledge, the scientific method and a revelation of other subjects whether investigated or not somewhere else. Starting up from the concept of Historical Science the author reaches the Cartesian concept of the Discourse of the Method, explaining his steps to elaborate a Critical History of Communication, an Audit Methodological, Critical and Dialectical of a segment of the History of Communication.

Keywords: History, Theory of knowledge, Scientific Method, Hipotesis, Audit Methodological, Communication, Comparative Method. Ethic.

SUMARIO 1. La ayuda de la historia. 2. La hipótesis. 3. El plan provisional en el *cogito* cartesiano. 4. Teoría del conocimiento. 5. Investigación y ciencia. 6. El proceso científico. 7. El método comparado. 8. Crítica comparada de la opinión en los sistemas de comunicación. 9. Conclusiones. 10. Referencias bibliográficas.

1. La ayuda de la Historia

Como diría Marc Bloch (1952: 9-32), la Historia "no es una ciencia del pasado". Bloch tenía conciencia de la articulación de los tiempos históricos. Ninguna Ciencia puede hacer abstracción del tiempo, ni ningún fenómeno puede ser explicado en su totalidad fuera del estudio de su momento. En cada instante las cosas cambian y el dicho oriental de que "los hombres se parecen mucho más a su tiempo que a sus padres" se vuelve inexorablemente cierto.

Hay fenómenos de la Comunicación que son históricos sin formar parte de la Historia, fenómenos que están en la mitología, en los imaginarios, en las expresiones artísticas y, finalmente, en los *media*, que deberían entrar ya en esta nueva ciencia de la Historia de la Comunicación, y que conforman la reflexión que tratamos aquí.

En su voluminoso estudio sobre las Civilizaciones Toynbee analizó el comportamiento de las culturas y civilizaciones desde el comparativismo. "En un estudio comparado - dice- debemos indagar sobre las señales de identidad, es decir paternidad y filiación que pueda encontrarse entre nuestra sociedad y la sociedad helénica" (Toynbee, 1975: 35-66). Toynbee está reconociendo un grado de continuidad en el suceder histórico, una armonía unitaria, una estructura social de relevos interrumpidos. Así, cuando analiza la caída del Imperio Romano, observa que hay dentro de él otra estructura que no sólo no cae sino que asciende sobre sus cenizas: la Iglesia.

En un todavía insuperable texto sobre las relaciones entre las ciencias sociales y la filosofía, Lucien Goldman (1958) teoriza sobre un elemento de la Historia que nos parece básico: la elección de los acontecimientos históricos, es decir, el viejo debate entre qué son hechos históricos y qué hechos no lo son, que Weber dejará sin solución de continuidad al decir que "por ejercer todo acontecimiento una influencia más o menos grande sobre los demás, no hay elección posible entre los acontecimientos históricos y los que no lo son" (En Goldman, 1958:16). Esta propuesta la recogerá más tarde Walter Benjamín, que matiza este conflicto filosófico al decir que "el cronista que narra los acontecimientos sin distinguir entre los grandes y los pequeños da cuenta de una verdad: que nada de lo que una vez haya acontecido ha de darse por perdido para la Historia" (Benjamin, 1992: 178-179). Haya o no haya elección, lo que buscamos en los hechos históricos, como dice Goldman, no es tanto su realidad material como su significado humano.

Los hechos son parte de la Historia, pero ninguna historia puede ser contada sólo sobre la base de hechos¹. Como dice Bloch (1952: 26), lo importante para el historiador no es comprobar que César necesitó quince años para conquistar la Galia en la cronología de las vicisitudes de las sociedades europeas. Desde los griegos y los latinos la cultura que les sigue, enraizada fuertemente en una religión de historiadores como la cristiana, reforzará

¹ Para BECHELLONI los acontecimientos pueden ser e dos clases: 1) Los hechos excepcionales, es decir, los que rompen la normalidad. Son los hechos ruptura o noticia ruptura. 2) Los hechos noticia. Se trata de los hechos que han sido realizados precisamente para ser noticia. (En ALSINA, 1989).

aquella tendencia historiográfica. Es algo que va unido a la invención de la escritura, sistema que hace percibir la realidad de una manera diferente como demostrará Casirer, primero, y McLuhan después. Joseph Fontana nos lo recordó hace poco tiempo. La Historia es importante "porque entre todas las Ciencias Sociales es la que más servicios puede rendir, porque es la más próxima a la vida cotidiana y la única que abarca lo humano en su totalidad" (Benjamin, 1992: 145).

Al preocuparse por la realidad la Historia se convierte en una ciencia empírica, a la vez que positiva y normativa. Positiva, pero no en el sentido *comteano*, de investigación de los hechos, -sociologismo no histórico-, sino de un mayor acercamiento a la realidad, y normativa pues al adjetivarse de "comunicativa", periodística, etc., no puede soslayar el establecimiento de normas y preceptos sobre lo que debe ser. El conocimiento de la Historia conoce una aceleración inimaginable después de las adversas críticas formuladas por Nietzsche en 1873. A partir de 1900, con la aparición de la *Revue de Synthèse Historique*, de Henry Berr, y sobre todo a partir de 1929, gracias a la campaña de los *Annales*, de Lucien Febvre y Marc Bloch, la Historia se pone de largo captando, como dijo Fernand Braudel, "tanto los hechos de repetición como los singulares, tanto las realidades conscientes como las inconscientes. A partir de entonces el historiador ha querido ser -y se ha hecho- economista, sociólogo, antropólogo, demógrafo, psicólogo, lingüista" (Braudel, 1970: 113).

Nuestra metodología parte de aquella hipótesis que aplicara en su tiempo Marc Bloch: "las únicas ciencias auténticas son las que logran establecer relaciones explicativas entre los fenómenos". Nuestro razonamiento es que hay un soporte singular que atraviesa los diferentes momentos históricos por donde pasa la comunicación: primero el teatro, a la vez objeto y fuente de información; después, la caballería y el monasterio, los dos grandes polos de la comunicación en la Edad Media; más tarde, y casi coincidiendo con el anterior, el arte en cuanto representación simbólica, y junto a éste, con la invención de la imprenta, el desarrollo de la literatura y la música; después, el impulso extraordinario de la ciencia también como objeto y fuente de la comunicación y pese a las reticencias de los propios científicos por difundirla (Eisenstein, 1990); y, finalmente, la revolución, como espejo de aspiraciones de la humanidad y referente mítico obligado del que todavía no hemos salido, así como la irrupción casi inesperada y violenta de los *mass media*, que nos lleva a formular una tesis de proposición ética acerca de las relaciones entre medios y espectadores. Ahora bien, el investigador es un filósofo, está más cerca de la filosofía que de la historia cuando ha de resolver un problema de metodología y de conocimiento. Tiene que sistematizar en el sentido que le diera a esta palabra un poeta grandioso como Giacomo Leopardi: "el sistema, es decir, la conexión y dependencia de las ideas, de los pensamientos, de las reflexiones, de las opiniones, es el distintivo cierto y al mismo tiempo indispensable del filósofo" (Leopardi, 1990: 10).

2. La hipótesis

El concepto de opinión en Descartes apela directamente al concepto de hipótesis. Con Descartes nace el método científico, que es opinativo e hipotético a un tiempo. Hablemos de

filósofos. Y de ciencia. Para este propósito nada mejor que empezar recordando un certera reflexión de Ortega: "El filósofo, pues, a diferencia de todo otro científico, se embarca para lo desconocido como tal. Lo más o menos conocido es partícula, porción, esquirla del Universo. El filósofo se sitúa ante su objeto y de él sabe sólo: primero, que no es ninguno de los demás objetos; segundo, que es un objeto integral, que es el auténtico todo, el que no deja nada fuera y, por los mismo, el único que se basta" (Ortega y Gasset, 1995: 77)

El siglo XVII, que es el siglo que adelanta los grandes avances científicos, el siglo en donde, por fin, los libros impresos empiezan a competir con los libros manuscritos -el proceso de recambio de la tecnología del libro duró siglo y medio (la imprenta había aparecido en 1450, y no acabó con el libro manuscrito hasta mucho después): todavía hoy, es más caro comprar un libro manuscrito que otro impreso- es probablemente el más desconocido de la modernidad. El siglo en el que Francia desplaza a España en cuanto al poderío internacional, el que ve llegar la primera revolución estrictamente burguesa sin que caiga un solo hombre³, el que empieza a hablar por primera vez de tolerancia (Locke, 1999), bastante antes de que lo hiciera Voltaire, y el siglo, en fin, en el que se inventa el microscopio (Lippershey), el termómetro (Galileo), la máquina neumática (Guericke), y se descubre la circulación de la sangre (Harvey), los espermatozoos (Leeuwenhoek), y la ley de Boyle (Boyle). "Con la burguesía se crea otro referente mítico -escribe García Calvo- en la medida en que el mito supone una mistificación imaginaria de la realidad. Por tanto, no es que los referentes ideológicos, economicistas y cientifistas de la ideología burguesa carezcan de una estructura de mistificación, sino que ese mito deja de serlo en el sentido de que crea un sujeto autónomo, libre de derecho, cuando crea las condiciones de base, cuando ese sujeto se piense como realidad independiente, como conciencia única, en definitiva como conciencia desligada". (García Calvo, 1996:16)

Esto es en parte verdad, pero en parte no lo es, porque en los siglos XVI y XVII los hombres de ciencia rehusaban imprimir su trabajo, y cuando lo hacían -*De Revolutionibus*- era en latín. De hecho, como cuenta Elizabeth L. Eisenstein (1990) la imprenta prefirió imprimir a los científicos medievales retrasando la aceptación de Copérnico hasta un siglo más tarde de su muerte. Los hombres de ciencia no sostienen entre sus manos libros impresos, sino plantas o astrolabios. Sin embargo, Ortega no tenía muy buena opinión de la ciencia, esa cosa a la que solemos ver como un repertorio de soluciones. "Es muy discutible -decía- que algún problema haya sido nunca resuelto, por lo tanto no es la solución en donde debemos cargar el acento al definir la ciencia...Lo único no problemático en una ciencia es precisamente su problema, lo demás, su solución, es siempre precario y discutible, vacilante y mudadizo" (Ortega, 1995: 95).

Hace algunos años Mario Bunge definió el método como "un procedimiento para tratar un conjunto de problemas. Cada clase de problemas requiere un conjunto de métodos o técnicas especiales" (Bunge, 1972: 24). Este pensamiento, sin duda, es fácil reconstruirlo si nos remontamos a Descartes, que es el primero de los filósofos que divide

³ Me refiero a la Revolución de 1668 en Inglaterra.

el pensamiento en tantas partes como sea necesario para resolverlo. Resulta extraño que hayamos de remontarnos hasta un filósofo sospechoso de escolasticismo y determinismo (Russel, 1997, II)³, cuando no de poco científico (Voltaire, 2000)⁴. Ciertamente Descartes se dedicó a muchas cosas, además de filosofar. Como físico ya estaba siendo rebasado ampliamente por sus contemporáneos. Como geómetra alcanzó grandes éxitos, y hubiera llegado más lejos de no haber abandonado la disciplina de Euclides. Pero como filósofo hay que rendirle pleitesía, no porque retome a los griegos, a los que sí supera en imaginación, sino porque todavía, en la modernidad reinante, no se ha alcanzado la conciencia de su valor y de su influencia en todo aquello que tenga que ver con el método científico. En su obra más significativa, *El discurso del método*, Descartes logra convenir, bajo una misma y coherente síntesis, el esfuerzo de dos siglos de búsqueda agotadora, orientando hacia la razón cualquier fuente principal de conocimiento.

Descartes, además, tiene una influencia avasalladora sobre el desarrollo de la estética en el ochocientos, cuando el periodista Joseph Addison proponga una mirada renovadora de lo bello iniciando así el despliegue de la poética del romanticismo posterior, porque consideraba que el hombre "estaba compuesto de dos esferas: la superior, dominio del entendimiento, que alberga la razón; y la inferior, dominio de las pasiones provocadas por lo que captan los sentidos. La unión de estos dos mundos contrapuestos se resolverá precisamente a través de la estética (o razón inconsciente) gracias a la cual los sentidos se transforman en percepciones calculadoras e inteligentes, dejando de ser meros instrumentos de los instintos. El arte, por tanto, se situaría en la intersección formada por la esfera superior (idea o inspiración artística) y la inferior (materialización de esa idea en objeto artístico)" (Addison, 1991: 29). Pese a ser tildado de escolástico, en realidad, Descartes liquida el edificio escolástico al destruir la estructura silogística, que se fundamentaba en el principio aristotélico de la existencia de una premisa mayor. Un poco antes, en Inglaterra, Francis Bacon, con su obra *Novum Organum*⁶, publicada en 1620, atacaba el mismo edificio colocando la experiencia como el principal baluarte de su demolición. Aunque ambas posiciones, la racionalista y la empirista se contraponen de alguna manera, hoy deben asumir su interdependencia, pues el proceso científico, aunque se inicia por separado, dando las dos un salto trascendental sobre el pensamiento anterior, ha acabado siendo una combinación de las dos.

Ahora sabemos que una parte del silogismo era verdadera: "Todos los hombres son mortales, Sócrates es hombre, luego Sócrates es mortal". Pero ello se debe al sentido de

³ Russell concede a Descartes más crédito que Voltaire. En algunos aspectos lo considera un filósofo genial.

⁴ En la voz cartesianismo de su *Diccionario Filosófico*, pp. 396-401, VOLTAIRE ataca básicamente al físico más que al filósofo que fue Descartes. También que no se enterara de nada cuando viajó a Italia, lugar en el que Galileo estaba cambiando el mundo.

⁵ La primera edición de *El discurso del método* tuvo lugar en 1637, en plena actividad de la guerra de los Treinta Años, siendo Richelieu el hombre de mayor poder en Europa.

⁶ Hasta el siglo XIX la mayor parte de las obras científicas fueron elaboradas en latín. DESCARTES escribió excepcionalmente su *Discurso* en francés, pero volvió al latín para redactar sus *Meditaciones metafísicas*. El latín no fue sólo el instrumento de las chancillerías en la diplomacia, ni el recurso durante siglos en el sistema dialéctico de las Universidades hasta el siglo XVII, sino que lo hablaron 40 millones de europeos durante diez siglos.

la experiencia, antes que al artilugio incontrovertible de la premisa mayor. Bacon, entonces, acomete volver este pensamiento del revés: en vez de partir de una generalización, parte de la observación de un caso particular. A la deducción opone Bacon la inducción, único sistema posible de remontarnos a la enunciación de verdades de generalidad cada vez mayor. Este concepto también interesó a Ortega, que tenía muchas dudas acerca de la verdad: "una verdad puede ser muy exacta y ser, no obstante, muy poco verdad. Por ejemplo, casi todas las leyes de la física tienen una expresión exacta, pero como están obtenidas por un cálculo meramente estadístico, es decir, por cálculo de probabilidades, tienen un valor sólo probable... Conforme la física se va haciendo más exacta se va convirtiendo en un sistema de meras probabilidades, por tanto de verdades de segunda clase, de casi verdades" (Ortega, 1995: 88-89).

La discrepancia entre Bacon y Descartes se refiere al *criterio de verdad*, pues Descartes no necesita confirmar un razonamiento para demostrar que es verdadero. La Historia, sin duda, le ha dado la razón a ambos. La igualdad entre razón y experiencia se debe a la circunstancia de que los casos particulares observados pueden ser desmentidos por la aparición de nuevos hechos; por lo tanto, el criterio de verdad, es decir, el patrón, el modelo que utilizamos para determinarlo, siempre estará por delante de cualquier demostración. En efecto, un siglo y medio después, Emmanuel Kant demuestra en *Crítica de la razón práctica* la debilidad del criterio empírico y la imposibilidad de extraer de la experiencia leyes universales. Sin embargo, si seguimos a Descartes, si observamos la naturaleza de las verdades matemáticas, advertiremos que muchas proposiciones realizadas por los científicos no necesitan ser demostradas, por ejemplo, que los triángulos tienen tres ángulos es un criterio de verdad que desarbolaría la iniciativa de viajar por el mundo para dar con un país que tuviera un triángulo de cuatro ángulos. En este sentido algunas ciencias no deben su verdad a la experiencia, no dependen de la experiencia, sino de la razón.

Ya en uno de sus escritos decía Descartes (1935: 19) "no podemos adquirir ciencia perfecta de todo aquello que sólo da pie a opiniones probables, porque no podemos sin presunción esperar de nosotros mismos más de lo que los otros consiguieron. De suerte que, si calculamos bien, sólo quedan entre las ciencias ya descubiertas la aritmética y la geometría como las únicas capaces de proporcionarnos un conocimiento cierto e indudable". El punto de partida que logra imponer Descartes es el de la duda metódica. El filósofo desconfía de todo, incluso de sí mismo cuando, de forma divertida, escribe que no hay indicios ciertos para distinguir el sueño de la vigilia, pero si es cierto que duda, entonces, será cierto que piensa, de lo que se colegirá una de las proposiciones más inteligentes de su pensamiento, a la vez que de la filosofía de la ciencia: **pienso, luego soy**. Se trata de una verdad de la que no se puede dudar que, partiendo de la conjunción de los

⁷ SPINOZA fue el filósofo de la verdad, asunto que trajo en jaque a todos los filósofos del s. XVII. Cuando Spinoza entró, ya tarde, en la Universidad pronunció estas palabras: "En cuanto a mí, de todas las cosas que están fuera de mi poder, ninguna estimo más que poder tener el honor de trabar lazos de amistad con gentes que aman sinceramente la verdad" (En SPINOZA, 1988: 7)

viejos silogismos que él detesta, termina por superarlos, como bien demuestra su antólogo Ricieri Frondizi (1995: 23). Descartes no estaba deduciendo nada, sino que directamente captaba una verdad inmediata. Ortega entendió muy bien esta *crispación* filosófica. Para él, “esa duda no consiste en dudar, simplemente, de todo aquello suscite en nosotros duda. No. Descartes se estaba refiriendo, precisamente, a aquello de lo que no se duda nunca. Esta duda instrumental y técnica, que es el bisturí del filósofo tiene un radio de actuación mucho más amplio que la habitual suspicacia del hombre, puesto que dejando atrás lo dudoso se alarga hasta lo dubitable. Por eso no titula Descartes su famosa meditación así: *De ce qu'on revoke en doute, sino De ce qu'on peut revoke en doute*” (Descartes, 1995: 116).

Ortega (1999: 67) también trazó un paralelismo entre Descartes y Velázquez, pues ambos se rebelaron contra los principios intelectuales vigentes en su tiempo. Descartes arremetió contra los escolásticos. Contra la tradición. No está tan claro que arremetiera contra los griegos. “Es preciso que el individuo se construya por sí un sistema de convicciones forjado con las evidencias que en su fondo personal se producen”. Esto es pensamiento ético puro, devenido de la tradición griega.

La hipótesis organiza en nuestro caso todo el aparato estructural. Al producirse dentro de un conjunto de proposiciones binarias (comparativas) a cada investigación le corresponden dos hipótesis y dos conclusiones. El tiempo de separación en la comparación es tan grande –antigüedad y contemporaneidad, medioevo y contemporaneidad (dos claves), modernidad y contemporaneidad- que el carácter histórico de la investigación se ve así confirmado.

3. El plan provisional en el cogito cartesiano

La importancia discursiva de este *cogito* es mayor de lo que se pueda pensar, pues asienta la construcción de las proposiciones verdaderas y prepara la distinción entre alma y cuerpo. De lo primero se derivarán los conceptos de claridad y distinción. De lo segundo sus meditaciones metafísicas, en donde trata de demostrar la existencia de Dios, aunque no sólo. Más su método cobra especial importancia en la segunda parte cuando define su cadena de razonamientos, un cadena que habiendo sido tomada de los geómetras tiene todavía su trascendencia en la actual filosofía de la ciencia moderna:

“Consistía el primero [se refiere a los métodos] en no admitir jamás como verdadera cosa alguna sin conocer con evidencia que lo era; es decir evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención y no comprender en mis juicios nada más que lo que se presentase a mi espíritu tan clara y distintamente que no tuviese motivo alguno para ponerlo en duda.

El segundo en dividir cada una de las dificultades que examinare en tantas partes como fuese posible y en cuantas requiriese su mejor solución.

El tercero, en conducir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos, y suponiendo aun un orden entre aquellos que no se preceden naturalmente unos a otros.

Y el último en hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan

generales que estuviera seguro de no omitir nada (Descartes, 1995: 82 y 83)

Sin quererlo, Descartes está ofreciendo una singular teoría del conocimiento (en Ortega y Gasset, 1995: 86)⁸, y no deja de ser curioso que en la parte que él autocalifica de “moral provisional” –la parte tercera- logre algunos de sus más inspirados y profundos pensamientos científicos, hasta el punto de que la idea de lo que hoy damos en llamar “hipótesis” aparece indirectamente pero claramente apuntada en este capítulo. Veamos:

“...cuando no está en nuestro poder discernir las opiniones más verdaderas, debemos seguir las más probables, y aunque no hallemos mayor probabilidad en unas que en otras, debemos, sin embargo, decidirnos por algunas, y considerarlas después, en cuanto referidas a la práctica, no como dudosas, sino como muy verdaderas y ciertas, ya que lo es la razón que no ha determinado a seguirlas” (Descartes, 1995: 88)

Obsérvese que nosotros actuamos igual cuando partimos de salida en una investigación. Nos decidimos por una determinada idea, pero esta idea reposa en una serie de observaciones previas, conscientes o inconscientes, que nos motivan a expresar una generalización (Sartori y Morlino, 1994)⁹, es decir, una regularidad o, simplemente, la razón nos dispone acerca de alguna opinión concreta sobre algo. Sin quererlo, Descartes consolida el fundamento de cualquiera predisposición científica, de la misma manera que su anterior párrafo acerca de la cadena de razonamientos supone la consolidación de lo que hoy entendemos, dentro del método científico, por un plan provisional. Discurso o recurso, el método cartesiano, pese a sus fundamentos idealistas, se erige como un marco imprescindible en el que debe desenvolverse cualquier método, pues establece tres consideraciones previas, incontrovertibles para alcanzar la evidencia: a) no juzgar antes de que el juicio se nos aparezca como evidente, b) no juzgar a base de ideas preconcebidas, y c) no juzgar más allá de lo que se nos aparece como claro y distinto¹⁰.

Descartes tuvo la intuición de dividir las dificultades hasta alcanzar las partes más simples, logró ascender por deducción de los elementos más simples a los más complejos, y resolvió examinar la cadena deductiva para asegurarse la certeza de sus proposiciones. No existe, con todo, un método científico que sirva para todas las investigaciones que llevemos a cabo, sino distintos métodos que habiendo antecedido a Bacon y a Descartes empiezan a conocer una cierta articulación discursiva a partir del siglo XVII. Este siglo XVII no comunica, esto es lo más extraño, pero asienta las bases del despegue del XVIII. Como diría Charles Chaplin “el día en que el hombre se de cuenta de

⁸ ORTEGA fue muy crítico a la hora de reflexionar sobre las teorías del conocimiento. En esta obra llega a decir que “el error radicalísimo de todas las teorías del conocimiento ha sido no advertir la inicial incongruencia que existe entre la necesidad que el hombre tiene de conocer y las facultades con que cuenta para ello. Sólo Platón entrevió que la raíz del conocer, diríamos, su sustancia misma está precisamente en la insuficiencia de las dotes humanas, que está en el hecho terrible de que el hombre no sabe. Ni Dios ni la bestia tienen esa condición. Dios sabe todo y por eso no conoce. La bestia no sabe nada y por eso tampoco conoce... ¿Por qué al hombre le duele su ignorancia como si le doliese un miembro que nunca hubiese tenido?”

⁹ En este ensayo de G. SARTORI y de L. MORLINO se plantea la tesis de que lejos de resultar nocivas las generalizaciones son el motor del proceso deductivo. De hecho, todas las personas utilizamos las generalizaciones en nuestras conversaciones, hasta el punto de que, paradójicamente, el generalizar se ha vuelto algo prejuicioso en el debate público.

¹⁰ De nuevo Ortega se nos aparece pensando sobre el criterio de verdad, y de nuevo, de una forma pesimista.

sus profundas equivocaciones, habrá acabado el progreso de la ciencia”.

El tema de la verdad está muy ligado al tema del desarrollo de la ciencia, como jamás volvería, paradójicamente, a estar. Así, cuando Spinoza es invitado a ingresar en la Universidad -cosa que hoy difícilmente sucedería- pronunció estas palabras de anticipo de su discurso de bienvenida al club: “en cuanto a mí, de todas las cosas que están fuera de mi poder, ninguna estimo más que poder tener el honor de trabar lazos de amistad con gentes que aman sinceramente la verdad” (Spinoza, 1988).

En el ámbito de las ciencias sociales se vienen escribiendo enjundiosos trabajos sobre metodología científica sin que se observe una atención especial al matemático y filósofo que engendró desde el aparato deductivo gran parte de los considerandos sobre ciencia y método. Si bien los griegos ya tuvieron un concepto preciso sobre hipótesis nadie, hasta Descartes, fundamentó con tanta brillantez la teleología de la especulación opinativa. Como diría Frondizi nadie, ni viajando a Sumatra, encontrará un triángulo de cuatro ángulos. Descartes lleva a Kant, y éste a la gran metafísica heideggeriana y sartreana. Reconozcámosle a Descartes el discurso de un método tan original como atractivo, tan eficaz como decisivo.

Quizá el mejor lector, entre los últimos, que ha tenido Descartes sea Hanna Arendt. Su lectura del filósofo resulta estremecedora. Tiene Arendt algo así como una intuición dionisiaca sobre el corte histórico que produce la figura del filósofo. Un antes y un después de Descartes. La duda cartesiana no es de entronque psicológico, sino ontológico. Si podemos dudar de todo, entonces, también debemos dudar de la experiencia, como señalaría después Kant. La primera duda del hombre había comenzado por lo sentidos, continuó en la duda por la razón, y ésta le siguió la duda por la realidad y experimentación misma. Pero el que dio el aviso fue Kierkegaard. Eso fue un cambio trascendental: la fe por la duda. Dudándolo (Dios o un *Dieu trompeur*, un mal espíritu) se le siente. Ciertamente hoy ya sabemos que ninguna visibilidad es prueba de verdad. De esta forma la aportación cartesiana es importante no por sus fines, no por sus logros, sino por sus medios. “Si no se puede confiar en los sentidos, ni en la razón, ni en el sentido común, cabe perfectamente que todo lo que consideramos realidad sea sólo un sueño” (Arendt, 2002: 304)¹¹.

4. Teoría del conocimiento

En este sentido podríamos establecer diferentes combinaciones entre líneas de investigación, o ver cómo unas se funden con otras, cómo unas desaparecen para reaparecer más adelante, y todas, finalmente, constituyen un todo inseparable y dialéctico, que apela a esta idea: hay una profunda interacción entre los elementos simbólicos y los medios de que nos servimos para comunicarnos. Toda palabra, por sencilla que sea, es metáfora de algo, de otra palabra, por ejemplo; toda imagen es

¹¹ No deja de resultar sorprendente que la primera edición de *El discurso del método* sea de 1637, y que Calderón escribiera *La vida es sueño* en 1535.

metáfora de otra metáfora, y todo signo de todo signo y, así, interminablemente.

Pero lo que nos preocupa es aquello que todavía no ha sido leído, interpretado, desguzado hasta que la realidad no sea mostrada. Entendemos que hay cosas de la Historia de la Comunicación e Información que aparecen desgajadas dentro de la escolástica de la especialidad, de los "expertos en", de los separadores de la ciencia y la cultura. Al tiempo, la misma Historia ha de ser revisada, porque lo que se da en llamar lo *políticamente correcto* es una infamia para la sensatez y la razón, es una cobardía política, aquí una cobardía política de nosotros mismos, los historiadores. Una vez más volvamos a Bloch: "considerada aisladamente cada ciencia no representa nada más que un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento".

La objetividad es el primero de los problemas científicos. Se presenta de un modo diferente en las ciencias humanas que en la física o en la química. Esta cuestión empezó a interesar como conflicto filosófico desde Descartes. Pasa por Conte, Spencer, Durkheim y Weber. Después es retomado por los marxistas –Lukacs–; los psicólogos, Piaget; los sociólogos, Lazarsfeld; los politólogos, Mackenzie; los economistas, Lange. Ortega también se interesó por la teoría del conocimiento. "El error radicalísimo de todas las teorías del conocimiento -dice- ha sido no advertir la inicial incongruencia que existe entre la necesidad que el hombre tiene de conocer y las facultades con que cuenta para ello. Sólo Platón entrevió que la raíz del conocer, sus sustancia misma, diríamos, está precisamente en la insuficiencia de las dotes humanas, que está en el hecho terrible de que el hombre "no sabe". Ni Dios ni la bestia tienen esta condición. Dios sabe todo y por eso no conoce. La bestia no sabe nada y por eso tampoco conoce. ¿Por qué al hombre le duele su ignorancia como le doliese un miembro que nunca hubiese tenido" (Ortega, 1995: 86).

Bunge define la ciencia como "un creciente campo de ideas, que puede caracterizarse como un conocimiento racional, sistemático, preciso, verificable y, por lo tanto, falible, que el hombre ha construido por medio de la investigación científica para explicar el mundo" (1979: 9). Distingue las ciencias formales y las ciencias fácticas. Entre las primeras sitúa aquellas que establecen relaciones entre signos, como la Lógica o las Matemáticas, y entre las segundas aquellas que aparecen vinculadas a la naturaleza o la cultura. Además. Estas necesitan verificarse en la observación y en la experimentación. Bunge supera la vieja disputa entre razón y experiencia, pues para él todas las ciencias son racionales y empíricas a la vez. Y también cuestiona la separación entre deducción e inducción. Es un hecho que el proceso científico se construye a partir de la agitación permanente entre deducción e inducción, como ya veremos.

5. Investigación y ciencia

En un reciente estudio Primo Yufera precisa los límites del concepto investigación con una claridad extrema: "la investigación es una actividad que el hombre realiza voluntaria y conscientemente para tratar de encontrar un conocimiento verídico sobre una determinada cuestión; es decir, para aprehender una parcela del conocimiento que permanecía oculta para los hombres" (Primo Yufera, 1994: 17).

El proceso de la investigación es un proceso constituido por etapas sucesivas que bien podríamos definir como la especulación, la observación y la experimentación. El discurso de este proceso está constituido básicamente por la hipótesis, y en desarrollo por una cadena de hipótesis que se refuerzan o contradicen hasta la selección y la tesis, es decir, la teoría, que no es como se cree comúnmente algo que precede a la práctica, sino el resultado final de una práctica, de un saber definitivamente compacto. Lo trascendental de la investigación y del método científico que se elija, puntual o excepcionalmente, es que el método científico invade ya todas las disciplinas del conocimiento, incluidas las más resistentes a la prueba y a la confirmación, puesto que a la observación de los fenómenos, ha seguido el análisis de las variables que intervienen en ellos. En cualquier caso y en el comienzo de toda investigación el investigador debe actuar deductivamente, seguir el método de ensayo y error, es decir "iniciar una serie de experiencias al azar buscando la suerte de encontrar una luz" (Primo Yúfera, 1994: 27). Así actuó durante mucho tiempo Paul Erhlich antes de curar la sífilis con el *salvarsan* o Fleming con la penicilina.

Nosotros somos partícipes de esta idea, idea que se amplía a la paradójica reflexión de Einstein que también asumiera Ortega: lo que en el mundo hay de eternamente incomprensible es el hecho de que sea comprensible. Desde las cuevas de Lescaux el hombre sabe que las imágenes pueden fijarse dado que hizo la observación de las sombras, pero hasta 1895 no las fijó en movimiento definitivamente. Lo comprensible era fijarlas.

Primo Yúfera distingue una serie de cualidades necesarias referidas a la condición del investigador. "La investigación científica -dice- es una actividad intelectual que exige cualidades humanas, dotes intelectuales, capacidad de trabajo y conocimientos científicos poco comunes" (Primo Yúfera, 1994: 58), y añade una serie de puntos entre los que destacaríamos los siguientes: 1) capacidad para dudar e inquirir. 2) Dotes de imaginación creadora. 3) Capacidad de observación y para la recopilación ordenada de datos; inteligencia deductiva. 4) Conocer la ciencia básica en que radica su especialidad. 5) Conocer las técnicas de la documentación científica. 6) capacidad para realizar un plan de investigación adecuado para un problema determinado y 7) Estar capacitado para redactar con claridad y según las normas generalmente aceptadas un informe científico o técnico. Los consejos no acaban aquí, pero estos nos parecen los esenciales.

6. El proceso científico

Siguiendo a Sierra Bravo (1986), el proceso científico es un método teórico en su método y en su fin. Se basa en una teoría previa o, si no, en un conjunto racional y sistemático de ideas sobre la realidad de que se trate. Está basado en la duda, porque tiene que someterse a revisión y comprobación. Al basarse en la formulación de problemas está obligado a conjeturar soluciones probables de esos mismos problemas. Una hipótesis no es más que esto: establecer una probabilidad a la observación de una regularidad dada. Este proceso está ligado a la experimentación. Por lo tanto, es a la vez inductivo y deductivo. Es inductivo en cuanto procede mediante la clasificación sistemática de los

datos obtenidos durante la observación, con el fin de determinar las uniformidades o regularidades que presentan, y es deductivo porque parte de conceptos y enunciados previos. Todo ello es relativo, porque la observación de una regularidad es a la vez inductiva y deductiva, si bien toda hipótesis es deducción pura, y toda tesis un proceso de encuentro entre la inducción y la deducción. Además, es autocrítico, porque no se conforma con el logro de una tesis, dado que ésta debe dejar el camino despejado para una progresión posterior y, por tanto, circular. Es analítico y sintético porque separa y distingue sus elementos más simples de los más complejos, para luego recomponerlos y obtener así una visión más global del conjunto y de sus relaciones estructurales. Es selectivo en una doble dirección: a) fijando la atención en los aspectos más relevantes, b) trascendiendo las meras apariencias.

Este proceso, que debe hacerse siguiendo una serie de etapas que ha marcado muy bien Primo Yúfera (1994: 109) podrían resumirse así: La elección de los objetivos del trabajo, la planificación de éste, la realización del plan, la obtención de conclusiones, la redacción de una comunicación. Sierra Bravo (1986: 29) parece más interesado en la descripción y evolución de las hipótesis, esa forma imaginaria en la que construimos provisionalmente (palabra cartesiana) una conclusión. A veces los temas aparecen tan ligados a los objetivos que la condición primaria del método científico, la elección de los objetivos del trabajo, no se muestra suficientemente esclarecida (Primo Yúfera, 1994: 110).

En cuanto a la elección de los objetivos del trabajo hay que decir que puede coincidir con un tema absolutamente original, por ejemplo, la observación de una excesiva excentricidad social, motivada por la cultura multimedia, puede incentivar un interés inusitado por pautas sociales e individuales que parecen hoy escarnecidas. Y en lo que toca a la planificación hay que añadir hemos tendido a realizar una exploración bibliográfica exhaustiva, sustentada sobre el objeto que hay que discernir, sus antecedentes y sobre otras áreas contiguas relacionadas.

7. El método comparado²³

Si bien, como vemos, Febvre tenía muchos resquemores ante el método comparado, lógico en un historiador no sociólogo, el método se ha ido abriendo paso de una manera impetuosa, como ya hemos visto más arriba. Ya Durkheim (1978) escribió que “la sociología comparativa no es una rama de la sociología, es la sociología misma”.

Desde Aristóteles se observa una larga tradición de comparación explícita, empezando por el estudio que el pensador griego realizara sobre los regímenes políticos conocidos. Pero también se compara implícitamente en la vida cotidiana. Según Morlino *comparar es el ejercicio básico de toda actividad cognoscitiva* (Morlino, L., en Sartori G. Y Morlino, L., 1994: 13-27). El método comparado utiliza la escala de abstracción, lo cual significa que nuestros conceptos e hipótesis más generales e inclusivos debemos trasladarnos a conceptos más particulares y exclusivos, o viceversa. En nuestra investigación también hemos aplicado una regla del método comparado al determinar la dimensión horizontal de la comparación. A su vez desde la perspectiva del tiempo el método comparado nos permite situar los casos en a) un momento dado, o en b) momentos diferentes y

decisivos. Se trata de la diferencia entre la comparación sincrónica y la comparación diacrónica, que a su vez proporciona tres tipos de variables:

- A) Diferentes casos en el mismo momento
- B) El mismo caso en momentos diferentes y sucesivos
- C) Diferentes casos en momentos diferentes

8. Crítica comparada de la opinión en los sistemas de la comunicación¹³

Así, al estudiar la opinión en Grecia, hemos estudiado a un tiempo la obra de Esquilo, de Sófocles, y de Eurípides, y hemos saltado 2500 años para confrontar la visión que tenemos los hombres contemporáneos sobre el mito y la tragedia. Al elegir la comunicación entre caballeros hemos visto paralelamente la comunicación monacal, mientras que hoy nos movemos ya en una forma de comunicación que Mattelart calificó de "lo espectacular integrado". Hemos pasado, así, de una comunicación ontológica con el ser a una comunicación virtual, fractal, como diría Baudrillard, que es quizá una comunicación más superficial y fútil. Hemos planteado a la vez la comparación sobre el sentido y estatuto de la representación ante una comunicación de masas que carece del pudor que muestra históricamente toda representación simbólica. Al trazar el debate sincrónico de las ideas de Burke y de Paine hemos dado un salto cualitativo con Joly y más tarde con Camus para ver el problema diacrónicamente y en su evolución. La última crítica o clave, *Educación y Universidad: objetos de la ética*, aparece como colofón, sin comparación alguna, como si fuera una tesis inconsciente del resultado de todo el proceso anterior.

A lo largo de la Historia -desde la aparición de la escritura- la Humanidad se enfrenta a un problema básico: cómo comunicar en menos tiempo y de la manera más comprensible posible. Desde el principio nos encontramos, pues, con una cuestión esencial: para organizar una sociedad han de establecerse unos principios morales, unas normas de conducta, y unas leyes. Se necesitan medios para transmitir toda clase de mensajes. La teoría de la Comunicación de masas, más preocupada por la actualidad que por el pasado, tiende en demasía a subestimar los medios, los sistemas y las ideas que se dio para sí la Antigüedad, y más recientemente la sociedad medieval.

Por lo general a la Historia y a los historiadores les han interesado poco las cosas relacionadas con la Comunicación. En algún momento los historiadores se vieron

¹² "Comparemos, sí -decía FEBVRE (1971)-, pero como historiadores no por el gozo perverso de sumergirnos en la nada de veintiuna conchas vacías (crítica nada velada al idealismo historicista de Toynbee), sino por el sano y fuerte placer de aprender de lo concreto, de diseccionar cada vez con más agudeza esos cadáveres de tiempos idos que son las civilizaciones. Comparemos. Pero no para fabricar, al fin, a la buena d eDios, extraños conceptos abstractos de iglesia ecuménica, estado universal, o invasión de los bárbaros, con datos chinos que se mezclan con hechos, rusos, y romanos. Comparemos para poder sustituir por plurales esos singulares, pero con conocimiento de causa... Toda ciencia es constructiva, pero no toda construcción es igualmente sólida, leal, lícita. Decir que los documentos no lo dicen todo; decir que el historiador ha de tener, para interpretarlos, adivinación, una cierta especie de sensibilidad, antenas, decir que d e los documentos no se desprenden irresistibles y automáticamente las mismas conclusiones, son otras tantas perogrulladas".

¹³ Se trata de una serie de investigaciones: Cfr. HERNÁNDEZ LES, J., 2004: *Secretos obstinados de la comunicación*. Santiago de Compostela, Ediciones Tórculo. 2001, 2002, 2003 y 2004: artículos publicados en *Estudios sobre el mensaje periodístico*. Madrid, Servicio de Publicaciones de la Universidad Complutense de Madrid (Números 7, 8, 9 y 10). Y 2004: "La opinión en la Grecia arcaica", en CASALS CARRO, M.J. (coord.): *Mensajes periodísticos y sociedad del conocimiento. Libro homenaje al prof. José L. Martínez Albertos*. Madrid. Fragua Editorial.

rebasados por los sociólogos y por las teorías de la Comunicación de Masas, por los politólogos. Quizá, los historiadores hemos reaccionado tarde, pero el avance en la investigación sobre los temas y problemas que afectan a la información y a la comunicación en general se han disparado en las últimas décadas. Además es ya imposible prescindir del conjunto de las ciencias sociales para avanzar metodológicamente en los estudios de la Historia, aunque convendría no olvidar jamás el sentido de la madre de todas estas ciencias recordando la reflexión de uno de sus mayores impulsores: Lucien Febvre. Necesitamos pues, una teoría y una forma de comprender la Historia.

Pero Sociología e Historia no pueden oponerse. Goldmann (1958: 9 y 18) lo explica muy bien en uno de sus textos clásicos: "La sociología sólo puede ser concreta cuando es histórica: igual que la historia, si quiere ir más allá de la simple recopilación de hechos tiene que ser necesariamente explicativa, lo que quiere decir, en una medida mayor o menor, sociológica". "Hacer historia es tratar de comprender los actos de los hombres, los móviles que los han hecho actuar, los fines que perseguían, el significado que tenían para ellos, sus comportamientos y sus acciones". Creemos que no existen antecedentes en el punto de vista que adopta la investigación, especialmente en cuanto a la línea 2 - Opinión y noticias en la Grecia arcaica-, la 4 -el estatuto del icono, al menos en el ámbito de nuestra área-, la 5 -la controversia revolucionaria, al menos en el sentido de recuperar el pensamiento de Burke y compararlo con el de Paine-. En la comparación estudiamos el caso de Camus y el compromiso del intelectual, en la que tratamos de demostrar algo que entre nosotros se olvida con frecuencia: la crítica de la revolución, que tanta oposición produjo en la opinión pública francesa, y que Camus hubo también de enfrentar pormenorizadamente en todos los medios de prensa en donde se estableció el debate. Y la 3 -opinión pública y comunicación de masas-, clave en donde los recursos empleados se alejan de los tradicionales estudios sociológicos en materia de Investigación de Masas.

Antecedentes sobre la opinión en la Historia hay muchos. Sócrates reflexiona sobre opinión, en "su" *Apología*. Platón en *La República*. Aristóteles en *La Retórica*. Séneca en *La felicidad*⁴, Marco Aurelio en *Meditaciones*. Descartes en *El discurso del método* y en *Meditaciones metafísicas*. Hume en *Investigación sobre el entendimiento humano*. Ortega en *La rebelión de las masas*. Habermas en *Historia y Crítica de la opinión pública*. Lledó en *El surco del tiempo*. Gadamer, *Arte y verdad de la palabra*. Casals Carro y Santamaría Suárez en *La opinión periodística*. Sin otro medio que la voz y la palabra el teatro se convierte en el primer centro de difusión de la opinión de toda la cultura occidental. Esta es la perspectiva que nos interesa: la posibilidad de detectar comportamientos opinativos, e informativos antes de la aparición del periodismo en sí, ver la Historia de la Comunicación desde algunas atalayas que aparecen situadas *en lugares inapropiados*, como el teatro, el honor caballeresco, el amor cortés, la filosofía, los derechos del hombre o la aldea global.

Y de ser originales⁵. La originalidad es una base incuestionable en toda propuesta

⁴ El término de felicidad es el objeto de estudio, en gran medida, que Kant inspecciona y desarrolla en su *Crítica de la razón práctica*.

investigadora. Ser historiador significa ir allí a donde nadie ha acudido. Esto es relativo, claro, pero supone una evidencia cierta. En todo caso la originalidad también es una manera de enfocar los problemas desde una nueva mirada, y así tratamos de mostrar los temas vinculados a Grecia, Medioevo, Teoría del Conocimiento, Revolución o Moral Provisional.

Desde la perspectiva metodológica sí es posible hablar de antecedentes, especialmente en lo que concierne al método comparado¹⁵, que explicamos más arriba y que aplicamos en los cruces de las claves de la investigación.

Es importante tener cuidado con la amplitud de las variables, y reducir al máximo el número de variables a analizar. Lo importante son las variables clave (Lijphart: 682-693). En resumen, comparar es un método de control de nuestras generalizaciones. Sirve para verificar o falsificar si una generalización (una regularidad) se corresponde con los casos a los cuales se aplica. El control es más fuerte y atendible en la medida en que más se apoye en comparaciones explícitas y sistemáticas. Si comparamos debemos asimilar y diferenciar en los límites. Si dos entidades son iguales en todo es como si fuesen la misma entidad, y todo termina ahí. A la inversa, si dos entidades son diferentes en todo, entonces, es inútil compararlas. Por eso lo mejor es comparar hechos que posean atributos en parte compartidos y en parte no compartidos. Además la comparación no puede centrarse en un solo país.

Básicamente la Comunicación se emplea y se estudia desde la perspectiva de la contemporaneidad. Así hay autores que al denominar **el horizonte inmediato de la investigación en la comunicación** (Fernández del Moral, 1992: 94) se están refiriendo a la excesiva dispersión y dificultad de establecer conexiones y proponen un salto hacia **la comunicación aplicada**: a la concentración urbana acaecida en los finales del siglo XIX, y al boom de los medios audiovisuales, producido tras el acabamiento de la II Guerra Mundial, Fernández del Moral señala un tercer y definitivo encuentro entre una oferta que dispone de una inimaginable tecnología informática, y una demanda caracterizada por un alto grado de especialización, y esta unión sólo será posible con el concurso de una nueva ciencia: la ciencia de la información.

Por el contrario, nosotros queremos emplear el gran significado de la Comunicación sin perder el sentido de la Historia. Viendo cómo ha ido circulando la opinión a través de culturas y países, de sistemas y acontecimientos. En la idea de que el pasado nos vigila. Igual que hoy los medios nos avisan de los peligros debemos prestar atención a cómo se han establecido las relaciones entre mensajes y medios en el pasado. La metáfora, la

¹⁵ BLOOM (2002) llama canon a la originalidad. El concepto no se reduce, por supuesto, a esta idea. Sería también una guía práctica e inexorable de aquellos libros que conducirían al estudiante a un buen conocimiento de la literatura, y por extensión, de la vida. Thomas CARLYLE en su clásico texto sobre los héroes sostiene que son dos las condiciones que sostienen a todo héroe: la sinceridad y la originalidad.

¹⁶ La ciencia política es la más adicta al empleo del método comparado. Entre sus especialistas más conocidos podemos señalar a Leonardo MORLINO, Giovanni SARTORI, David COLLIER, Angelo PANEBIANCO, Stefano BARTOLINI, y Mauricio FERRERA (SARTORI, G., y MORLINO, L., 1994)

sutileza, el pudor, las imágenes están siendo sustituidas por el lenguaje subliminal.

El plan de trabajo que hemos seguido en la investigación señalada se corresponde en líneas generales a las siguientes propuestas metodológicas:

1) La investigación ha conocido diferentes fases. Ha pasado por una fase exploratoria y posteriormente por una fase orientada. La exploración se inició en la perspectiva ética. El hombre occidental es griego. En unas cosas más que en otras. Sigue preocupándole el sentido de la vida, y por ello se ha tenido que proteger desde la religión y el arte. Quiere trascenderse.

2) Hemos definido desde el principio qué experiencias teníamos que afrontar para avanzar en el proceso científico. Le hemos preguntado a la naturaleza de nuestro objeto, la opinión, desde el plano del espectáculo –el teatro-, la mitología –el ideal caballeresco, el arte –la iconografía renacentista, la filosofía –el racionalismo-, la Historia –la revolución-, el periodismo –el compromiso del intelectual, el cine –la identidad del individuo, y los media –por una búsqueda del pudor en la información-.

3) Hemos contrastado el **método analítico** y el **método comparado**⁷ tanto sincrónica como diacrónicamente, por ejemplo, a) retomando el tema edípico 2500 años después de que fuera seleccionado por la tragedia clásica, b) observando los estatutos de la pintura y de la imagen por separado y también en su confluencia inequívoca, c) contrastando la ética del poder caballeresco y la ética del poder revolucionario, etc.

4) Hemos partido del **concepto kantiano de crítica** para justificar el aparato metodológico, y del **concepto claves** para justificar las líneas de investigación sectoriales.

5) Nos hemos sometido a la máxima de la **revisión periódica del plan**, eliminando algunas claves y añadiendo otras nuevas, ampliándolas o reduciéndolas con la finalidad de obtener una red, un tejido que reúna todas las claves de forma dialéctica, un texto.

6) Dice Primo Yúfera dice que con la recopilación de datos y observaciones el investigador llega a un punto en que debe decidir si el proceso ha tocado a su fin o si hay que abrir nuevas vías de investigación. Y que si confirma sus hipótesis estará en condiciones de realizar sus conclusiones.

7) Digamos, primero, que toda nuestra investigación está sostenida sobre la base de una cadena de hipótesis y de conclusiones parciales, que se dirigen a una conclusión final en forma de última clave, y también a unas conclusiones generales que no son definitivas, y que aparecen abiertas.

En todo caso, como diría Arendt, la naturaleza hipotética de toda esta actividad, empieza con la primera hipótesis y llega hasta la última de las conclusiones.

9. Conclusiones

En el ámbito de las ciencias sociales se vienen escribiendo enjundiosos trabajos sobre metodología científica sin que se observe una atención especial al matemático y filósofo

⁷ Lasswell afirmó que el enfoque científico es inevitablemente comparativo.

que engendró desde el aparato deductivo gran parte de los *considerandos* sobre ciencia y método. Si bien los griegos ya tuvieron un concepto preciso sobre hipótesis, nadie hasta Descartes, fundamentó con tanta brillantez la teleología de la especulación opinativa. Como diría Descartes nadie, ni viajando a Sumatra, encontrará un triángulo de cuatro ángulos. Descartes lleva a Kant, y éste a la gran metafísica heideggeriana y sartriana. Reconozcámosle a Descartes el discurso de un método tan original como atractivo, tan eficaz como decisivo.

A través de la tragedia clásica puede intuirse un saber opinativo, público, de conciencia social, que es anterior a la escritura y anterior a la democracia, siendo a la vez democrático por la fortaleza de lo social, y por la propia conciencia trágica que es en sí una conciencia opinativa. Toda opinión es anterior a la opinión pública. La opinión, como se ha visto, no es tener opinión de algo, sino conocimiento de algo para, así, disponer en un proceso ontológico interminable, de la verdad. En la tragedia griega los personajes que opinan no están seguros nunca de ninguna de sus opiniones, es decir, de ninguna de sus hipótesis. Una opinión no es un aserto de nada, sino una duda de la propia consideración de las cosas. En este análisis hemos dejado para otra ocasión el estudio de la comedia que a través de la obra de Aristófanes pudiera proporcionarnos más datos, y la filosofía, particularmente la enseñanza socrática y el pensamiento aristotélico, que abundan directa o indirectamente en esta cuestión. Las relaciones entre el cine y el teatro son más estrechas de lo que dejan ver las relaciones dificultosas entre el cine y la literatura, que fue históricamente una relación más compleja. Ni la mitología ni cierta novela ni la poesía son fácilmente trasladables al cine. Cuando alguien ve una película y declara que es literatura, tendría que definir a qué clase de literatura se refiere, porque las tirantes relaciones entre el cine y la novela dan paso a la complicidad, a la atenuación, y a la armonía cuando aparece el teatro como telón de fondo de la puesta en escena. Por otra parte, esta investigación empezaba prácticamente en el estudio de las relaciones entre opinión y Edipo, opinión y tragedia clásica. Se trata ahora de llevar el conflicto edípico a la relación teatro/cine, y ver en el ejemplo paradigmático de la mirada pasoliniana; qué es y cómo se comporta una adaptación en el sistema comparativo, cómo pasa una tragedia a otro medio, el cine, 3000 años después de haber sido concebida por el mito y 2,500 años después de haber sido escenificada por el teatro.

El ideal caballeresco puede estudiarse dentro de nuestra investigación como un sistema más. No sólo por lo que atañe a las reglas de la caballería, como la de ser nombrado caballero, sino porque afecta al puesto que ocupa el amor en la vida humana y otras reglas de conducta que afectan a las relaciones entre los hombres, y se extiende a otros grupos sociales, como el eclesiástico, que también se ajusta a un orden interno muy armónico, regido por el canto gregoriano y la división de la vida monástica en octavas. Más que de un mundo contrapuesto el ideal caballeresco nos habla de un mundo en dos estadios que se superponen y necesitan; ambos dan un estilo a la religión y al amor. El periodismo y la evolución de los medios han llegado a un punto que Merryl et al. describen como una reacción en cadena de la información: Los informadores se encuentran ya sea iniciando o siendo arrastrados por reacciones informativas en cadena

que pueden cambiar el mundo y convertirlo en algo mejor o producir serios daños. En ocasiones las reacciones en cadena tienen lugar entre los mismos medios y afectan como los comunicadores se precipitan hacia la noticia y la comunican. En otras ocasiones la explosión incontrolada está en el público. De cualquier forma, la reacción en cadena, una vez que la fusión comienza, es imposible detenerla.

Durante un cierto tiempo la representación simbólica ha permanecido latente o semioculta después de la invasión de los bárbaros. Poco a poco se produce una simbiosis extraordinaria entre valores culturales y formas y, finalmente, el cristianismo europeo empieza a producir dentro de la representación simbólica una salida hacia el exterior, fuera del espacio sagrado, que establece un nuevo estatuto para el icono, para la imagen. Así, en el arte pictórico, asistiremos a una nueva tensión, la del pudor y la sexualidad, una sexualidad que había producido, como hemos visto, imágenes escabrosas, brutales y explícitamente eróticas que, al menos, en cuanto a los relieves románicos, superaban con creces la violenta iconografía de la Antigüedad. El pudor sería un escudo, una forma cartesiana de moral provisional, antes de alcanzar un nuevo sistema de valores. Provisional porque espontánea. Siendo provisionales, siendo espontáneos, seremos morales, y nos veremos apartados de la acción o, al menos, limitaremos nuestras acciones a las únicamente importantes y decisivas, fuera de ese despilfarro de las emociones que nos impulsó a la posesión de todo.

En los dos últimos siglos diferentes periodistas han participado, directa o indirectamente, en el debate de la revolución, agitando la polémica desde sus periódicos, publicando opúsculos o libelos que han servido para promocionarla o menoscabarla. Más recientemente el escritor Maurice Joly intervino en este debate desde una posición abiertamente contrarrevolucionaria a través de un texto escrito en la cárcel. Y todavía más recientemente. La mirada de Camus sobre la revolución no es agradable, pero sí es valiente y se sitúa en contra de lo políticamente correcto. El compromiso del intelectual es decir la verdad incluso ante el riesgo de perder influencia en la sociedad, lectores y amigos. Camus tuvo ese coraje viril, que él siempre supo explicar, necesario para enfrentar problemas y buscar soluciones. En política, nos vino a decir, no vale todo.

El artificio de la competitividad en materia de educación se vuelve huero al descubrir que algo está fallando en la educación. El saber utilitario tendrá que compartir espacio con el saber desinteresado, y los viejos currículos tendrán también que incorporar alguna forma de currículo *inútil* pero trascendental para volver a recuperar el sentido con el que nació la Universidad: el placer por el conocimiento a la larga producirá más ventajas que la fabricación de técnicos en todo y sabios en nada. La cultura uniformizadora es una enfermedad que produce seres infelices y alienados. La Universidad debe enseñar para que los individuos descubran su verdadera individualidad, y alcancen, finalmente, la categoría de personas libres.

10. Referencias bibliográficas

ADDISON, JOSEPH

1991: *Los placeres de la imaginación y otros ensayos de the Spectator* (Trad. Tonia

Raquejo Grado). Madrid, Visor

ALSINA, MIGUEL RODRIGO

1989: *La construcción de la noticia*. Barcelona, Paidós

ARENDT, HANNA

2002: *La condición humana*. Barcelona, Paidós

BENJAMÍN, WALTER

1992: *Discursos interrumpidos*. Barcelona, Taurus

BLOCH, MARC

1952: *Introducción a la Historia*. Méjico, Fondo de Cultura Económica

BLOOM, HAROLD

2002: *El canon occidental*. Barcelona, Anagrama

BRAUDEL, FERNAND

1970: *La Historia y las Ciencias Sociales*. Madrid, Alianza Editorial

BUNGE, MARIO

1979: *La ciencia, su método, y su filosofía*. Buenos Aires, Siglo XX

DESCARTES, RENÉ

1935: *Reglas para la dirección del espíritu*. Madrid, Revista de Occidente

1995: *Meditaciones metafísicas. El discurso del método*. Madrid, Alianza Editorial (decimoséptima edición)

DURKHEIM, ÉMILE

1978: *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires, La Pléyade

EISENSTEIN, ELIZABETH L.

1990: "La invención de la imprenta y la difusión del conocimiento científico", en ORDÓÑEZ, Javier, y ELENA, Alberto (comps.): *La ciencia y su público*. Madrid, CSIC

FEBVRE, LUCIEN

1971: *Combates por la Historia*. Barcelona, Ariel

FERNÁNDEZ DEL MORAL, J.

1992: "El horizonte inmediato de la investigación en la comunicación", en *Comunicación Social 1991/Tendencias*. Madrid. Informes Anuales de FUNDESCO

FEYARABEND, P.

1981: *Tratado contra el método; esquema de una teoría anarquista del conocimiento*. Madrid, Tecnos

FRONDIZI, R.

1995: *Estudio preliminar*, en DESCARTES, 1995: *Meditaciones metafísicas. El discurso del método*. Madrid, Alianza Editorial (decimoséptima edición)

GARCÍA CALVO, AGUSTÍN

1996: *Contra el hombre*. Madrid, Fundación de Estudios Libertarios Anselmo Lorenzo

GOLDMAN, LUCIEN

1958: *Las ciencias humanas y la filosofía*. Buenos Aires, Galatea

KANT, ENMANUEL

2000: *Crítica de la razón práctica*. Madrid, Alianza

LEOPARDI, GIACOMO

1990: *Zibaldone de pensamientos*. Barcelona, Tusquets

LOCKE, JOHN

1999: *Ensayo sobre la tolerancia. Carta sobre la tolerancia*. Madrid, Alianza

LIJPHART, A.

"Comparative Politics and Comparative Mthode", en *American Political Science*. Review.LXV, págs., 682-693

ORTEGA Y GASSET, JOSÉ

1995: *Qué es filosofía*. Madrid, Alianza Editorial

1999: *Velázquez*. Madrid, Espasa Calpe

PIAGET, JEAN ET. AL.

1982: *Tendencias de la investigación en las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Universidad

PRIMO YUFERA, EDUARDO

1994: *Introducción a la investigación científica y tecnológica*. Madrid, Alianza Universidad

RUMNEY, JAY, Y MAIER, J.

1957: *Sociología, la ciencia de la sociedad*. Buenos Aires, Paidós

RUSSEL, BERTRAND

1997: *Historia de la filosofía occidental*. Madrid, Espasa Calpe (vol. II)

SARTORI, GIOVANNI, Y MORLINO, LEONARDO (EDS.)

1994: *El método comparado en las ciencias sociales*. Madrid, Alianza Universidad

SIERRA BRAVO, R.

1986: *Tesis doctorales y trabajos de investigación científica*. Madrid, Paraninfo

SPINOZA, BENEDICTUS DE

1988: *Correspondencia*. Madrid, Alianza Editorial

TOYNBEE, ARNOLD

1970: *Estudio de la Historia* (Tomo I). Madrid, Alianza Editorial

VOLTAIRE

2000: *Diccionario filosófico*. Madrid, Temas de Hoy